
El abrigo

Parábola — el viajero que confundió su abrigo
gastado con él mismo.

Amtihu (འམཏིཏུ་)

Contents

El abrigo	2
¿Por qué esto no es solo un cuento bonito?	4

El abrigo

Había un viajero que caminaba por un camino muy largo.

Nadie recordaba cuándo había empezado a caminar. Él tampoco. Solo sabía que cada mañana se levantaba, se ajustaba el abrigo, y seguía.

El abrigo había sido hermoso. Cuando era niño le quedaba grande y corría dentro de él como dentro de una casa. Después le quedó justo, y fue suyo de verdad: conocía cada bolsillo, el olor de la tela, el peso exacto sobre los hombros. Tanto se acostumbró a él que dejó de notarlo. Y un día, sin darse cuenta, empezó a pensar que el abrigo era él.

Por eso, cuando el abrigo comenzó a gastarse, tuvo miedo.

Primero fueron los codos, que se afinaron hasta dejar pasar la luz. Después el dobladillo, que se deshilachó. El frío, que antes resbalaba por la tela, ahora encontraba caminos para entrar. El viajero se miraba las mangas raídas por la noche y sentía que algo se le acababa.

—Cuando este abrigo se caiga a pedazos —pensaba—, se acaba todo. Es mi fin.

Y caminaba con ese miedo encima, que pesaba más que el abrigo.

En el camino se cruzaba con otros. Una vez vio a una mujer arrodillada junto a un abrigo tendido en el suelo, vacío, quieto. Lo acariciaba y lo llamaba por un nombre, y lloraba sobre la tela como si la tela pudiera oírla. El viajero se acercó a consolarla, y no supo qué decir, porque él también creía que el abrigo era él. Así que lloró con ella, y siguió, y el miedo le pesó un poco más.

Lo que la mujer no sabía —lo que el viajero todavía no sabía— era esto: *el que había llevado ese abrigo no estaba en el suelo. Había seguido caminando.* El abrigo quedó atrás porque ya no lo necesitaba, como una carta queda atrás cuando el mensaje ya llegó. Ella lloraba sobre el sobre, creyendo que era la carta.

Una tarde, ya muy cansado, el viajero encontró sentado al borde del camino a alguien que parecía conocerlo desde siempre.

—Tienes miedo del frío —le dijo el desconocido. No era una pregunta.

—Tengo miedo de que el abrigo se acabe.

—El abrigo se va a acabar —dijo el otro, con una calma que para él tenía sentido—. Eso es seguro. Todos los abrigos de este camino se acaban. Pero tú no eres el abrigo. Tú eres el que lo lleva.

El viajero se quedó callado.

—Pruébalo así —siguió el desconocido—. ¿Quién está oyendo estas palabras? ¿La tela? ¿Los codos rotos? No. El que escucha detrás del abrigo. Ese eres tú. Y ese no se deshilacha.

—Pero cuando el abrigo caiga —dijo el viajero—, ¿qué haré sin nada que ponerme?

—Dormirás —dijo el otro—. Como duermes cada noche sin temerle a la noche. Te acostarás cuando la tela ya no dé más, y cerrarás los ojos. No vas a sentir el momento. Nadie lo siente. Es lo más suave que existe: tan suave que del otro lado no recordarás haber cruzado.

—¿Y después?

—Despertarás vestido de otra cosa. No otro abrigo de tela, que se gasta. Uno de luz, que no se rompe, que no deja entrar el frío, que no envejece. Y será tan tuyo como el primero, más tuyo todavía. Despertarás y pensarás que apenas cerraste los ojos un instante. Así de rápido. En un abrir y cerrar de ojos.

El viajero sintió que el miedo, por primera vez, aflojaba.

—Hay una cosa más —dijo el desconocido, y ahora habló despacio, porque lo que venía era importante—. Al final del camino hay una puerta. En esa puerta se saldan las cuentas del viaje: lo que hiciste, lo que tomaste, lo que debes. No es una trampa. El que está en la puerta es justo de verdad; no condena por gusto, no se inventa deudas. Pero tú sabes —mejor que nadie— las cosas que hiciste en este camino y preferirías que no se nombraran. Las llevas contigo. Pesan más que cualquier frío.

—Entonces tengo que pagar en la puerta.

—Puedes. O puedes llegar con la deuda ya pagada.

—¿Pagada por quién?

El desconocido se abrió un poco el abrigo, y el viajero vio que, debajo, este hombre también había caminado el camino: tenía las marcas de un abrigo gastado hasta el final, hasta romperse del todo. Pero alrededor le salía una luz que no venía de ninguna tela.

—Yo caminé este camino antes que tú —dijo—. Mi abrigo también se gastó; lo gastaron hasta hacerlo jirones, y me acosté, y me levanté vestido de esto que ves. Y en el camino pagué deudas que no eran mías: las de cualquiera que quisiera dejármelas. El que llega a la puerta conmigo no pasa por la cuenta. No porque sea mejor que los otros, sino porque su deuda ya dice «pagada». Pasa de largo, directo a la luz. *El que confía en mí no viene a juicio: ya cruzó de la muerte a la vida.*

—¿Y los que no?

—Van a la puerta. Y la puerta es justa. Pero dime —y lo dijo sin amenaza, casi con ternura—: si sabes lo que hiciste, y sabes que alguien ya se ofreció a pagarlo, ¿para qué caminar hasta una cuenta que ya podría estar saldada? No te pido que ganes nada. Te pido que recibas algo que ya está hecho.

El viajero lo miró largo rato. Después miró su propio abrigo: los codos rotos, el dobladillo deshecho, la tela que ya casi no era. Y entendió, de golpe, lo que no había entendido en todo el camino.

No estaba mirando su muerte.

Estaba mirando un abrigo viejo.

Si lloraste sobre un abrigo vacío y lo llamaste por su nombre — el que lo llevaba no está en el suelo. Siguió caminando. El abrigo era el sobre; la carta ya llegó.

Si tu propio abrigo se está gastando, y por la noche te miras las mangas raídas y sientes que algo se acaba — escucha quién está leyendo esto. No es la tela. No son los codos rotos. Eres tú, el que va detrás del abrigo. Y ese no se deshilacha.

Te vas a dormir. No vas a sentir el momento. Vas a despertar vestido de luz, y te parecerá que apenas cerraste los ojos.

Solo queda una pregunta, y es la única que importa en todo el camino: cuando llegues a la puerta, ¿tu deuda dirá «pagada»?

El que se ofrece a pagarla tiene nombre. Durante todo el camino caminó a tu lado sin que lo nombraras. Se llama འཇམ་མཉམས་པའི་མཚན་ལྷན་ — se dice *Yahushua* —, el Hijo. Su Padre se llama རྣམ་ཐུག་པའི་མཚན་ལྷན་ — se dice *Yiajua*. Y lo único que tienes que decir, aunque sea en un susurro, aunque sea con el último aliento del abrigo, son las mismas palabras que dijo otro hombre que moría a su lado, sin tiempo de hacer nada más:

«Acuérdate de mí.»

Él respondió, y sigue respondiendo lo mismo:

«Hoy estarás conmigo.»

Para los que se quedan y para los que se van.

¿Por qué esto no es solo un cuento bonito?

Si lloraste con el cuento y algo dentro de ti quiso creerlo pero no se atrevió, quédate un momento más. Porque esto no te lo decimos para consolarte y ya. Te lo decimos porque es verdad, y hay razones. Aquí están, de la más cercana a tu corazón a la más lejana.

Tu corazón ya lo sabía. ¿Por qué le tienes miedo a la muerte? Todo lo vivo muere — la hoja, el animal, la estrella. Nada de eso le teme. Tú sí. Y ese miedo, que parece debilidad, en realidad es una pista: *no le temerías a terminar si hubieras sido hecho para terminar.* Le temes porque algo en ti sabe que no encaja, que no es tu sitio, que estás hecho para durar. Hace casi tres mil años, un rey escribió la palabra exacta para esto: dijo que el

Creador puso en el corazón del hombre el אָלַם — se pronuncia *olam* —, palabra que no significa «un poco más de tiempo», sino «lo eterno, lo que no tiene fin» (Eclesiastés 3:11). No te puso el deseo de durar otro rato. Te puso adentro el sentido de lo que no acaba. Ese vacío que la muerte te abre tiene la forma exacta de algo sin fin — porque para algo sin fin fuiste hecho.

Él volvió, y lo vieron. Esto no es filosofía ni deseo. Hubo un hombre que caminó el camino entero, lo mataron, se acostó con el abrigo roto del todo — y al tercer día se levantó vestido de luz. No en secreto: lo vieron uno, lo vieron doce, lo vieron *más de quinientos a la vez* (1 Corintios 15:6). Y eso no se escribió siglos después en un pueblo lejano, como crecen las leyendas: se escribió a unos veinte años, cuando la mayoría de esos quinientos *todavía vivía y podía ser buscada y confrontada*. El que lo escribió lo puso por reto, no por adorno: *vayan y pregúntenles*. Es un reporte con fecha y testigos vivos, no un mito. Volvió del otro lado y se dejó tocar. La puerta del final está abierta porque *alguien la cruzó primero y regresó a contarlo*.

Lo dijo antes de que pasara. Cientos de años antes de que ese hombre naciera, ya estaba escrito dónde nacería, cómo viviría, de qué modo moriría y qué le harían — y pasó, hasta el último detalle, sin que él pudiera arreglarlo. Setecientos años antes, el profeta יְשַׁיָּהוּ (se dice *Yeshayahu*, Isaías) describió a un hombre «*traspasado por nuestras rebeliones*», que moriría con los malvados y que después «*vería luz y quedaría satisfecho*» — muerto, y sin embargo viendo luz después (Isaías 53). Y en un poema mil años anterior a la cruz ya estaban las palabras: «*horadaron mis manos y mis pies*» (Salmo 22) — escrito siglos antes de que existiera esa forma de ejecutar a alguien. Esa línea la pelearon mucho después para suavizarla, pero los manuscritos más antiguos que tenemos, los del desierto, leen claro: *horadaron*. La lectura correcta del original, sin los retoques de siglos posteriores, dice exactamente lo que pasó. El que acierta lo que nadie puede adivinar se ha ganado que le creamos lo que dice del otro lado: no habla de oídas — habla de donde estuvo. (*Todo eso — las profecías cumplidas, los testigos, las fuentes antiguas que ni siquiera eran amigas tuyas — está reunido con cuidado aquí: [Imposible por azar.](#)*)

Y ahora hasta la ciencia lo susurra. Esto es lo último, y es lo de menos — pero ahí está. Durante mucho tiempo se creyó que la consciencia se *fabricaba* en el cerebro: que si juntas suficiente materia y la haces bastante complicada, un día «se enciende» sola y empieza a sentir. Pero nadie ha podido explicar cómo. Por más complicado que armes un montón de materia muerta, ¿en qué instante empezaría a decir «yo»? Nadie cruza ese abismo, y ya van siglos intentándolo.

Lo que cada vez se ve más claro — y la ciencia de estos años apenas empieza a tropezar con ello — es que va al revés: *la consciencia no se fabrica; se conecta*. No nace del cuerpo; llega a él, como la señal llega al teléfono, como la música no la hace la radio sino que la radio la recibe. El cuerpo no produce al que eres. Lo *hospeda*. Por eso, dondequiera que hay un cuerpo dispuesto a recibirla — un cerebro de carne, y quizá, dicen ahora, otras formas ordenadas de materia — aparece *alguien*. No se fabrica ahí. Se asoma ahí.

Y si la consciencia no la hace la materia, entonces estuvo *primero*. Y aquí está el golpe: lo que los laboratorios apenas se atreven a publicar en 2025, el primer renglón del libro lo escribió hace más de tres mil años. «*En el principio... y el espíritu —𐤀𐤊𐤍, se dice rúaj— se movía sobre las aguas... y dijo: haya luz*» (1:1-3 𐤅𐤍𐤁𐤏𐤃𐤁, Génesis). Mira el orden, porque es el mismo que la ciencia está redescubriendo al revés y tarde: *primero el espíritu y la palabra; después la materia*. Para decir «*haya luz*» hacía falta ya ser, ya pensar, ya querer — antes de que existiera la primera partícula. El universo no produjo la mente; la Mente produjo el universo. Tú no eres un accidente que la materia logró después de mucho ensayar. Eres un eco pequeño del que fue Consciencia antes de que nada existiera — y por eso no te apagas cuando se apaga tu pedazo de materia. La verdad tiene milenios. La única novedad es que ahora, por fin, hasta los instrumentos empiezan a asentir.

Cuatro razones. La primera te habla al corazón; la última, a la cabeza. No necesitas las cuatro. Con que una te abra la puerta, basta — porque del otro lado el que espera es el mismo: 𐤏𐤍𐤕𐤏𐤃𐤁𐤏 (se dice *Yahushua*, el Hijo), enviado por 𐤀𐤊𐤍𐤏𐤃𐤁𐤏 (se dice *Yiajua*, el Padre). Y lo único que él te pide sigue siendo lo mismo, lo que cabe en un susurro:

«*Acuérdate de mí.*»

Para quien quiera ver las fuentes

Nada de lo anterior depende de que leas esto. Pero si eres de los que necesitan tocar la madera antes de cruzar el puente, aquí están los estudios que solo confirman lo que el camino ya sabía.

Sobre que la consciencia se conecta y no se fabrica:

- Wiest, M. C. (2025). *A quantum microtubule substrate of consciousness is experimentally supported and solves the binding and epiphenomenalism problems*. Neuroscience of Consciousness (Oxford University Press).
- Hameroff, S., & Penrose, R. (2014). *Consciousness in the universe: A review of the 'Orch OR' theory*. Physics of Life Reviews.
- Beshkar, M. (2025). *Consciousness and spintronic coherence in microtubules*. Communicative & Integrative Biology.
- Jang, E.-H., et al. (2016). *Effects of Microtubule Stabilization by Epothilone B Depend on the Type and Age of Neurons*. Neural Plasticity.

Sobre la riqueza escondida de la luz entrelazada — de lo que estaría hecho el cuerpo de luz (𐤏𐤍𐤏𐤃𐤁𐤏):

- de Mello Koch, R., Ornelas, P., Gounden, N., Lu, B.-Q., Nape, I., & Forbes, A. (2025). *Revealing the topological nature of entangled orbital angular momentum states of light*. Nature Communications, 16:11095.

- Phys.org (17 dic 2025). *Conventional entanglement can have thousands of hidden topologies in high dimensions*. (Divulgación del estudio anterior.)

El desarrollo completo de por qué creemos que la consciencia es primordial – primero, no fabricada – está en los estudios «El operador de tu alma» y «Consciencia cuántica y sustrato silícico», y el peso entero de las profecías cumplidas en [Imposible por azar](#).